

Salvador de Madariaga, imponiéndole la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio. *“Aunque estoy seguro -decía el devoto sobrino del sabio al ministro- que desde la franciscana humildad del Profesor Navarro, si se le ofreciese la oportunidad de escoger entre la distinción, o que se terminase de publicar el ALPI, optaría por lo segundo”*. Se le contestó oficialmente *“que el ministro ha acogido con mucho interés su sugerencia en relación con el Dr. D. Tomás Navarro Tomás. En este sentido se ha iniciado ya el estudio de propuesta correspondiente, que espero que pueda tener feliz resultado”*. Sin embargo los preparativos de este homenaje oficial por parte del Ministerio fueron tan lentos, si es que de verdad alguna vez se iniciaron, que la muerte sorprendió a Tomás Navarro Tomás sin recibir el más mínimo aliento oficial por parte de las autoridades docentes y científicas españolas. Tampoco sabemos, excepto en Albacete y La Roda, que se le rindiera ningún homenaje nacional a título póstumo. Por lo visto, las consignas en su contra debían estar aún vigentes y quizás pervivieron mucho después de la muerte de Franco. Pero está claro que la gloria popular y sobre todo la científica y literaria de Navarro Tomás no necesitaba ningún homenaje, oficial o particular. Con su inmensa valía, sobre todo con su modestia y sencillez de hombre de bien, de científico sólo preocupado por la ciencia, él estaba por encima de todas estas cosas.

Junto a la noble y serena madurez de Tomás Navarro Tomás hay que destacar también la noble y serena actitud de los demás españoles y albacetenses de la posguerra, de uno y otro lado ideológico, que finalmente fueron superando sus actitudes más extremas, acercándose paulatinamente en un centro intelectual, ideológico, político y social. Mucho antes de la muerte de Franco fueron regresando algunos intelectuales del exilio y otros muchos lo hicieron también casi masivamente a partir de 1975. Traían con ellos la ilusión de trabajar en España de nuevo, y de hacer revivir las instituciones democráticas, que se restauraban paulatinamente con la transición democrática, pero que se consolidaron definitivamente con la Constitución. Desgraciadamente, uno de los que no pudo venir, por su edad tan avanzada y sus enfermedades, fue Tomás Navarro Tomás. Al final uno de los muchos hijos de españoles nacidos en el exilio, Juan Carlos I, fue aceptado como Jefe de Estado, como rey constitucional, por todos los españoles, incluso por la mayoría